

**BREVE HISTORIA DE LA
GUERRA CIVIL ESPAÑOLA**

BREVE HISTORIA DE LA GUERRA CIVIL ESPAÑOLA

Iñigo Bolinaga



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve Historia de la Guerra Civil Española
Autor: © Iñigo Bolinaga

Copyright de la presente edición: © 2009 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Editor: Santos Rodríguez
Coordinador editorial: José Luis Torres Vitolas

Diseño y realización de cubiertas: Universo Cultura y Ocio

Diseño del interior de la colección: JLTV

Maquetación: Claudia Rueda Ceppi

Mapas: Juan Igancio Cuesta

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9763-579-0
Fecha de edición: Febrero 2009

Printed in Spain

Imprime: Imprenta Fareso S.A.

Depósito legal:

A Laura

ÍNDICE

Capítulo 1:

EL BAILE DE LAS BRUJAS	11
El hombre providencial	11
Segar el trigo en verde	21
La conspiración	30
El vuelo del cuco	41

Capítulo 2:

GUERRA Y REVOLUCIÓN	51
Las dos Españas	51
Fuego Mágico	58
El fin de la república burguesa	65
Apretar los dientes	75
Tierra y libertad	86
La fortaleza	98
El gran titiritero	108

Capítulo 3:

LA GUERRA LARGA	125
El bastión	125
Ofensiva en el norte	133
O César o nada	148
Un estado duradero	158
Los signos de la ruptura	167
Los hechos de mayo	178

La ruptura del Cinturón	186
De Brunete a Santoña	195
Capítulo 4:	
EL ESTADO FUERTE	203
La obra de Negrín	203
La república ignorada	219
El fin del frente norte	230
Teruel y sus consecuencias	240
Contra las cuerdas	246
Capítulo 5:	
JAQUE MATE	253
Ebro: el último cartucho	253
La conquista de Cataluña	262
La implantación progresiva	272
La crisis final	279
Capítulo 6:	
LA PAZ DE FRANCO	289
La nueva España	289
El castigo	299
Los exiliados	306
La victoria de Prieto	314
La consolidación de la dictadura	322
CRONOLOGÍA	331
BIBLIOGRAFÍA	339
APÉNDICES	343

1

El baile de las brujas

EL HOMBRE PROVIDENCIAL

Las elecciones generales celebradas en febrero de 1936 dieron la victoria a una heterogénea agrupación de partidos de izquierda que, apiñada tan solo un mes antes bajo la denominación común de Frente Popular, recogía sensibilidades políticas extremadamente diversas. Desde la reformista Izquierda Republicana de Manuel Azaña hasta agrupaciones políticas extremistas como el Partido Comunista de España o el anarquizante Partido Sindicalista de Ángel Pestaña, la diversidad del conglomerado electoral de las izquierdas era tan patente como sorprendente su unión. Un encaje de bolillos diseñado para ganar las elecciones sobre un programa forzosamente moderado, centrado en la autonomía regional, la reforma agraria, la laicidad y la concesión de una amplia amnistía a los presos

damnificados del bienio gubernamental inmediatamente anterior. Si bien los resultados electorales, contados en número de votos, no supusieron una victoria holgada para la agrupación de izquierdas —4.654.116 votos para el Frente Popular sobre los 4.503.505 obtenidos por los partidos de la derecha—, el sistema electoral republicano preveía la primacía de las mayorías, de manera que traducido a escaños la izquierda ganó por goleada, con 278 escaños contra solamente 130 de la derecha.

El sistema electoral que tantas protestas generó entre los perdedores y que a muchos, Franco entre ellos, les pareció ilegítimo, era perfectamente legal. Dimanaba de un decreto de mayo de 1931 que rigió durante todo el periodo republicano, según el cual el partido o coalición que lograra la mayoría de los votos en cada circunscripción —siempre que superara un límite mínimo en número de votos emitidos— se llevaba todos los escaños destinados a la mayoría, cerca del 80%, quedando las sobras para el segundo, por muy poca diferencia de votos que tuvieran. Era, pues, un sistema que favorecía la formación de coaliciones de partidos como el Frente Popular o la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA), que a pesar de su esfuerzo no logró agrupar a todas las sensibilidades de la derecha tan bien como, sorprendentemente, hizo el Frente Popular. Quizá una de las explicaciones a tan inaudita armonía entre las izquierdas provenga del hecho de que fue la propia Internacional la que animó a los partidos comunistas a integrarse en los Frentes Populares, para así hacer frente mejor al avance del fascismo y la derecha radical en Europa. Esto obligó



Manuel Azaña Díaz, fundador y presidente de Izquierda Republicana. Desempeñó cargos de primera magnitud en los gobiernos izquierdistas de la república, desde ministro de defensa hasta presidente del gobierno. Durante la guerra desempeñó el cargo de presidente de la república, siendo eclipsado por presidentes de gobierno con personalidades más enérgicas.

a muchos partidos miembros del Komintern a *taparse la nariz* para hacer causa común con la izquierda moderada. Sea como fuere, España fue el primer país del mundo en el que un Frente Popular se enfrentaba a la tarea de formar gobierno —luego le tocaría a Francia, en mayo de 1936—, lo que a los sectores más reaccionarios no podía sonarles más que a antesala de la revolución. La derecha no perdió el tiempo, y tan temprano como la madrugada del día siguiente a las elecciones, presionó al todavía jefe de gobierno, Manuel Portela Valladares, para que desautorizara el resultado electoral decretando la ley marcial en todo el país en previsión de desórdenes callejeros. Altamente coordinados, el jefe del Estado Mayor del ejército, Francisco Franco, y el líder de la CEDA, José María Gil Robles, saltaron como tiburones contra su pieza; el militar tocando teclas en el ejército y la Guardia Civil para convencerles de la necesidad de proclamar el estado de guerra, tal y como ocurrió en 1934 en Asturias; el político presionando a las autoridades civiles, principalmente a Portela Valladares, a quien obligó a levantarse de la cama a las tres de la mañana para convencerle de que se estaba gestando el Apocalipsis. Para aquella derecha histérica un gobierno de izquierdas era el caos, la desorganización, la antiespaña. Tenían una visión ciertamente miope de la heterogeneidad de grupos que componían el Frente Popular: para ellos todos era “rojos”, sin distinción. Todos actuaban bajo el dictado de los bolcheviques de Moscú. Una perspectiva ramplona que sin embargo fue plenamente compartida por muchos miembros de una izquierda en gran medida radicalizada,

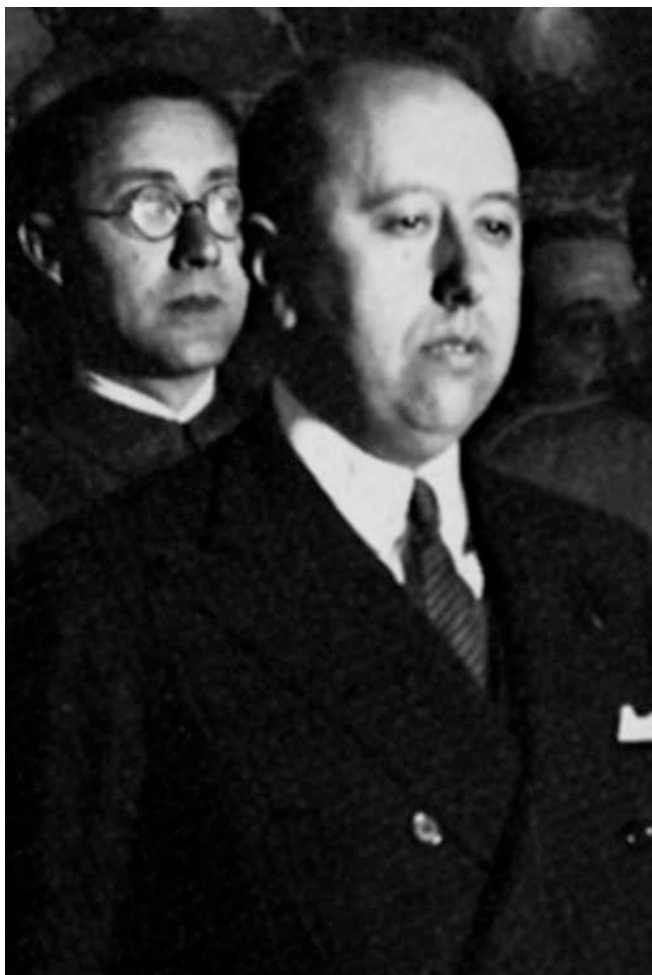
que veía fascistas en todo lo que oliera a derecha, lo fueran realmente o no.

Los denodados esfuerzos del binomio Franco-Gil Robles no parecían dar sus frutos. Portela se resistía a firmar un decreto de estado de guerra ya preparado y el director general de la Guardia Civil, Sebastián Pozas, se negó rotundamente a acceder a la solicitud de Franco para que sacara a sus hombres a la calle. Posteriores intentos tampoco lograron el efecto deseado, de manera que finalmente el propio Franco acudió a la presencia de Portela Valladares. El presidente del gobierno acusaba ya la terrible presión que Gil Robles y los suyos habían ejercido en él las últimas horas y recibió a Franco aturdido y asustado. La situación le superaba y desde su inicial negativa a las exigencias del líder de la CEDA, había derivado en pocas horas a aceptar una reunión del pleno del gobierno en la que se decidió decretar el estado de alarma, el inmediatamente anterior al de guerra. Pero eso no era suficiente para Franco. Había que cortar la revolución de raíz, desde sus inicios, que no ocurriera como en Asturias. Había que presionar más y más sobre el jefe de gobierno, hasta que el ejército tuviera plenos poderes en las calles. Ante tal insistencia, Portela terminó por hundirse y presentó la dimisión al presidente Niceto Alcalá-Zamora de una forma más bien apresurada. Ni siquiera esperó a la constitución del nuevo parlamento. Las apariencias parecen apuntar con el dedo acusador a Portela de abandonar el barco justo cuando más necesitaba de un capitán, y si bien es cierto que debió de mantenerse interinamente en el cargo hasta la formación de nuevas cortes, también

lo es que buscó a Manuel Azaña, la gran figura política del Frente Popular, solicitándole que accediera a ocupar ese poder interino en su lugar. Azaña, enormemente sorprendido por lo extraño y repentino de la solicitud, se sintió remiso a aceptar el cargo, pero finalmente su capacidad de hombre de estado se impuso. “Una vez más, dijo compungido, hay que segar el trigo en verde”. Portela huyó despavorido, pero tuvo el valor y la honradez de enfrentarse a las presiones de la derecha cediendo el puesto a una persona de izquierdas, a quien legítimamente correspondía el poder según el resultado de las elecciones. De esta manera, la derecha ya no podía aprovecharse de la debilidad de un Portela que, si hubiera mantenido unos días más el poder, quizá habría terminado accediendo a las presiones de Franco y Gil Robles.

Azaña no era un recién llegado a las lides de la política nacional. Después de una vida dedicada al estudio y la actividad política, con la proclamación de la república, en abril de 1931 asume el cargo de ministro de la guerra y luego presidente de gobierno, llevando a la práctica un gran paquete de medidas destinadas a modernizar el país y eliminar las endémicas desigualdades sociales, lo que le llevará a un enfrentamiento abierto con la iglesia y el ejército, más buscado por los dos primeros que por el propio Azaña. Las medidas a favor de la reforma agraria, la legalización del divorcio, la secularización de la enseñanza, el decidido recorte militar en cuadros y alteración del sistema de ascensos, y la clara apuesta por la autonomía catalana, inauguraron la terrible lista de agravios que la iglesia, el ejército y en general todos los sectores conservadores echarían en cara a la república

Breve historia de la Guerra Civil Española



Como líder de la CEDA, José María Gil Robles intentó influir en el presidente del gobierno, Manuel Portela Valladares, para que diera una orden de estado de guerra.

pocos años más tarde, siempre muy reacios a cualquier cambio, detrás del cual, veían la revolución. Pero los agravios no brotaron solamente por la derecha. La izquierda veía en las reformas del gabinete Azaña casi un paso atrás, una forma de complacencia con la derecha, en vez de derrocar a los señoritos y hacer de una vez por todas la revolución. La brutal actuación policial en el poblado gaditano de Casas Viejas, en el que se había proclamado la comuna anarquista, y otros casos similares como el de Arnedo¹ dieron alas a la izquierda para reforzar sus tesis contra Azaña. En un país en el que se generalizó peligrosamente en grandes capas de la población la idea de que los de izquierdas eran todos bolcheviques y los de derechas fascistas, Azaña era una especie de bicho raro que a nadie satisfacía. Y por supuesto, desde muchos sectores de la derecha, no era más que un rojo bolchevique, así como un sucio reaccionario burgués para las izquierdas.

Sin embargo, Manuel Azaña no se arredró y continuó trabajando en la línea que se había marcado. Culto, inteligente, dotado de sobrado talento para el gobierno... sí, pero quizá le faltó eso que llamamos *mano izquierda* a la hora de proceder a las tan necesarias reformas, algo fundamental habida cuenta de la hipersensibilidad política de los españoles de la época. Azaña diagnosticó con brillantez los males que atenazaban al país y no dudó en arremangarse y ponerse manos a la obra para sacarlo del fango. Allí donde la derecha veía una España bucólica y tradicio-

¹ En enero de 1932 la Guardia Civil disparó sobre un grupo de huelguistas en la plaza de la localidad riojana de Arnedo, con resultado de once muertos y numerosos heridos.

nal amenazada por el bolchevismo, se alzaba la horrible realidad de un país subdesarrollado que no podía progresar más que con fuertes dosis de realismo y ganas, algo muy alejado de los ideales medievales de gran parte de la derecha española. En este sentido se puede decir que Manuel Azaña fue lo más cercano que tuvo España de aquel “Cirujano de Hierro” que tan urgentemente solicitaron Joaquín Costa y los regeneracionistas de principios de siglo para hacer frente a la decadencia española. El problema está en que quizá España no estaba preparada para un reformista de tan alta calidad, quizá no estaba aún madura para ello. Segar el trigo en verde podría ser una buena síntesis de lo que fue la Segunda República desde su nacimiento hasta su triste desaparición.

Franco, otro de los personajes clave de esta historia, tampoco era un recién llegado. Lo fuera o no, este sí que tenía bien clara su misión de hombre providencial, o al menos de centinela del orden tradicional en España. Y es que, ciertamente, podía sentirse satisfecho de sí mismo. Lo había logrado todo dentro de la carrera militar. Nunca hubo otra opción para él que las armas, otra cosa era inimaginable. Y ascendió como un rayo, llegando a convertirse en el general más joven de su época. Franco se labró una meteórica ascensión a base de heroicas gestas de armas forjadas en las arenas del norte de África, donde se ganó fama de despiadado y valiente. Fue uno de los militares más decididos a la hora de sostener la guerra contra la República del Rif hasta derrotarla, costara lo que costara, haciéndose así un puesto destacado entre los sectores más duros y belicosos del ejército; tanto que es famosa la anécdota

que cuenta que organizó un banquete con motivo de la llegada a África del dictador Miguel Primo de Rivera, en el que todos los platos estaban compuestos por huevos, haciéndole ver que eso era precisamente lo que le faltaba. No hay duda de que a Primo de Rivera se le debió de indigestar el banquete, pero no se atrevió a firmar un expediente que sin duda habría merecido. El cadete “Franquito” de la academia militar, moreno, bajito y de voz atiplada, se había convertido en un mito para las nuevas generaciones militares, que le admiraban como uno de los héroes de Marruecos. Ya era un símbolo. Y contra eso no podía hacer nada ni siquiera el dictador².

Tras el fin de la Guerra de África fue nombrado director de la Academia Militar General de Zaragoza. En octubre de 1934 estalló la insurrección obrera de Asturias y el gobierno radical-cedista se echó en brazos del “héroe de África” para que le resolviera la papeleta, que se saldó con la intervención de la legión y una saña contra los vencidos nunca vista en Europa. Se había convertido en el hombre de confianza del gobierno y fue nombrado jefe del Estado Mayor. Ya no podía subir más alto, o eso creía él. Sin embargo, la victoria del bloque de las izquierdas en las elecciones de 1936 desestabilizó su magnífica vida. El hecho de que sus enemigos declarados ascendieran al poder suponía con toda seguridad no poder seguir manteniendo su privilegiado puesto,

² Apócrifa o no, la anécdota del banquete de huevos sirve como ejemplo del talante que se gastaban los militares africanistas, entre los que decididamente se hallaba Franco, contra todo aquel que se atreviera a insinuar el abandono de la zona de influencia española en el norte de África.

cosa que efectivamente ocurrió, ya que poco después el gabinete Azaña lo destinó a Canarias por considerarlo desafecto. Otra razón más para odiar a Azaña y a la república de izquierdas que le relegaba.

Y mientras el presidente Azaña trabajaba en sus proyectos de reforma, el futuro “Caudillo” tramaba desde su destino canario un plan para eliminar de una vez por todas a aquella “chusma roja” que no hacía más que poner trabas a España y al desarrollo de su propia carrera militar. Y en eso de tramar, Franco era más fino que su imaginario oponente gubernamental. Si bien es cierto que intelectualmente Azaña estaba muy por encima de Franco, eso no quiere decir que este no tuviera cabeza. Si Azaña era el intelectual urbano y moderno, Franco contaba en grandes dosis con la inteligencia rural del cacique, del señorito de cortijo; una inteligencia sibilina ideal para organizar y enfrentar a las personas, de la que carecía Azaña y que le sirvió para imponerse sobre los demás. Muy al contrario, el republicano ostentó el cargo de jefe de estado durante la guerra civil, pero en la práctica fue relegado por personalidades más apasionadas. La vida es una selva, y de eso sabía mucho más Franco que Azaña.

SEGAR EL TRIGO EN VERDE

El 19 de febrero de 1936 se formó un gobierno interino de urgencia casi íntegramente formado por miembros de Izquierda Republicana, el partido de Azaña, que a sabiendas de su interinidad se dispuso a allanar el camino al próximo gobierno atacando